

## RESEÑA DE JORNADAS

# Jornada de Transmisión, Publicación y Biblioteca



MARTA DÍAZ<sup>1</sup> & MARÍA MARTHA MONTES<sup>2</sup>



Cazar palabras en el humo  
y como quien ordena sus negocios antes de morir  
ponerlas en su justo lugar  
para que el otro, el que no se conforma con nada  
una vez más se engañe con la idea de que todo  
por fin quedó aclarado para siempre  
y duerma un poco aunque después se despierte aterrado  
en medio de la noche sin palabras.

Raúl Gustavo Aguirre

- 1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [mdiaz@montevideo.com.uy](mailto:mdiaz@montevideo.com.uy)
- 2 Analista en formación, Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [montes.mm@gmail.com](mailto:montes.mm@gmail.com)

La Comisión de Publicaciones de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay organizó una nueva Jornada de Transmisión, Publicación y Biblioteca. Tomando en cuenta los renovados desafíos que toda comisión de publicaciones recibe en torno a lo que es escribir, publicar e incluso editar en psicoanálisis, nos propusimos generar una instancia de diálogo fecundo. Diálogo que nos permitiese como comisión de trabajo acercarnos a las diferentes motivaciones, intereses y estilos con relación a la escritura y el psicoanálisis, así como a la publicación de los textos, a la vez que abordar algunos de los diversos obstáculos que se encuentran a la hora de plasmarlos. Diálogo abierto al interés de los psicoanalistas de nuestra asociación en intercambio con los analistas de la región. Fue invitada para esta jornada la psicoanalista argentina Silvia Wajnbuch, anterior directora de Publicaciones de Fepal, integrante por tanto de la Comisión Directiva en el período 2010-2012.

Durante la jornada se realizaron breves exposiciones a cargo de integrantes de la Comisión de Publicaciones a fin de dar apertura al encuentro de ideas y posicionamientos, alternadas con intercambios en grupo. Se logró un clima en el que el compartir e intercambiar mirándose a la cara produjo un efecto de circulación entramada de ideas, en fin, algo «se donó» allí. En palabras de una participante: «Crear un ambiente así, en el que todo el mundo tiene ganas de intervenir, es algo de lo que nos tenemos que congratular. Haber logrado recorriendo generaciones esta posibilidad en APU, el hecho de que personas a las que a veces no nos gusta hablar tengamos ganas de hacerlo, demuestra que se ha logrado un ambiente muy facilitador».

Al comienzo se propuso el tema «La escritura, el psicoanálisis, el psicoanalista», eje de las primeras exposiciones a cargo de las psicoanalistas Magdalena Filgueira y Silvia Wajnbuch.

Magdalena Filgueira invitó a trabajar la intrincación de la transmisión del psicoanálisis en lo que hace a la palabra, la cual, dijo, recorre ineludiblemente todos los registros de la experiencia analítica. Palabra que, partiendo de la asociación libre, ocurrencias, se reencuentra en la lectura de textos, palabra que relata la situación clínica en el espacio de supervisión. Palabra que se plasma en producciones escritas, publicaciones, y se preserva en los acervos que constituyen las bibliotecas. La transmisión que

parte de la experiencia analítica de cada psicoanalista en la actualización de la inscripción en el lecho de la transferencia. Y continuó diciendo que se entrama lo que en ese encuentro se produce con el lenguaje, eso habla en el lecho transferencial produciendo nuevas lecturas que se escriben, inscriben, en una suerte de «inscriptura», tomando prestada una expresión que donaron analistas de APU. Recordó, parafraseando aquellas palabras que habría proferido el propio Freud en el barco que lo llevaba a Norteamérica, en su «conquista» de la Clark University. Chiste, chanza, el humor freudiano y su relación con el inconsciente, también del analista, ese que le permite decir «no saben que traemos la peste». Afirmó que Freud se posiciona en una suerte de anti-Edipo al llegar a Tebas, dado que el psicoanálisis en su persona portaría, más que la solución al enigma de la esfinge, un relanzamiento enigmático que apesta. Enfatizando también a través de las esporas la transmisibilidad en términos de demanda que muestra en su formulación la paradoja respecto al enigma, a lo enigmático que pudiera encontrarse en la *sonrisa de la esfinge*.

También dedicó tiempo en sus «apuntes» a aquellos textos que quedarían al resguardo de la luz, en la oscuridad del cajón, que nos invitan a pensar en todo aquello que de uno y otro lado de la opacidad de uno mismo, en tanto estamos divididos, hace resistencia a la escritura.

Sostuvo que se puede concebir el origen de la escritura íntimamente vinculado a la incómoda, a la inquieta posición del psicoanalista con relación al silencio y la abstinencia. Cuánto de una situación clínica quedaría «trabajando» en el analista, haciendo texto, y una vez concluida la sesión o el análisis mismo esos «restos de transferencia» se ven convertidos en texto escrito. Esta línea expresó que propondría un *trabajo per-laborativo* en el psicoanalista a la vez que la producción de teoría a punto de partida de la experiencia clínica. Escritura, transmisión, relacionados en torno a un texto publicado que pudiera ser «usado», a su vez, en la tramitación de la experiencia. Y continuó diciendo texto como pretexto para «hacer en el des-hacer» lo incómodo del ofrecimiento del psicoanalista, que sufre, padece una suerte de desdibujamiento, de borramiento de su persona, para albergar las palabras, discurso en asociaciones libres del analizante. Escritura de un —para algunos— psicoanálisis, o de cierto tramo de un análisis, desde el psicoanalista que implicaría el desprendimiento de lo

acontecido, la implicación subjetiva en el dejar caer el texto original para luego hablar, escribir y dar a conocer lo enigmático de ello.

Planteó volver «al nacimiento de la tragedia griega», «al eterno retorno de la tragedia griega», diciendo que si hay alguna respuesta a lo enigmático, ella estaría en su permanente precariedad, dado que creyendo haber encontrado la solución al enigma, lo que se encuentra es un texto que lo relanza.

Concluyendo, Magdalena afirmó que la gran paradoja es que la palabra en psicoanálisis, esa que retornaría en los textos que surcan lo trágico de lo humano, la palabra que intenta ser ese ensalmo con el cual desemparentarse de ese padecimiento, se encuentra emparentada con la escritura, e intentando desembarazarse de su adolecer nace y reluce preñada de poesía.

Por su parte, en su ponencia Silvia Wajnbuch compartió su experiencia institucional en diferentes comisiones de publicaciones y bibliotecas, comentó problemáticas actuales con las que lidian los psicoanalistas. Sostuvo que los psicoanalistas latinoamericanos cada vez escriben y leen menos, y se interrogó qué hacer para fomentar la escritura y la lectura.

Transmitió que habría un interés creciente en compartir qué hacemos, cómo lo hacemos y por qué lo hacemos. Remarcó que la tendencia en los últimos años parece centrarse en partir de la clínica para reflexionar sobre la teoría.

Hizo referencia a que escribir sobre casos clínicos lleva a otra problemática en las publicaciones, que es la autorización del autor y la discusión sobre si es necesario tener el consentimiento informado del paciente. Describió que algunos creen que el consentimiento interfiere en la relación transferencial y que la desfiguración del material es suficiente, mientras que otros piensan que es un tema ético y legal que está en relación con el respeto por el secreto profesional y la intimidad del paciente. Estos últimos reflexionan que, además de disfrazar el material, el consentimiento es el aval para poder escribir y trabajar sobre viñetas o casos clínicos.

Silvia expresó que se está pensando en la publicación digital en vez de la publicación impresa o la realización de ambas. Aunque está comprobado que la versión digital aumenta la compra de la versión impresa, sigue habiendo resistencia a que las dos versiones sean publicadas simultáneamente.

Asimismo marcó el ingreso de las revistas a las bases de datos internacionales, y consideró que el psicoanálisis debe ingresar en el mundo académico, no solo para su transmisión sino también para su difusión.

Concluyó que las nuevas tecnologías con relación a la transmisión del psicoanálisis y su difusión hacen a un importante desarrollo de las páginas webs de las instituciones donde se editan y publican contenidos psicoanalíticos.

Posteriormente quedó abierto el intercambio y se llevó a cabo una dinámica discusión grupal que reflejó diversos posicionamientos y un activo interés de los participantes.

Las psicoanalistas Aurora Polto y Zuli O'Neill tomaron en su exposición el tema «Los estilos de escritura y publicación en psicoanálisis» y lograron relanzar la convocatoria y trabajar la complejidad de la transmisión del psicoanálisis a través de la escritura. «El psicoanálisis, ya desde la experiencia inédita de Freud escribiéndose, traspasando la privacidad del consultorio de la calle Bergasse 19, no ha dejado de escribirse a través de generaciones de analistas bregando por una transmisión de algo de lo inconsciente nunca colmable y siempre a pérdida. Se escribe en la soledad del acto creador, en un intento de plasmar y transmitir *algo*, algo que nace de esa experiencia íntima con relación al encuentro con lo inconsciente, propio y del otro; y que se nos impone a ser transmitido en una interrogación permanente de las teorías que nos sostienen. Transmitir es eso, es hacer llegar a alguien o poner al alcance del otro algo que se tiene en posesión, un conocimiento, una experiencia, una herencia. Del latín *transmittere*, derivado de *mittere*, *meter*, significa entre otras cosas 'traspasar', 'hacer pasar a otro una cosa de un lado a otro', expresó Aurora.

Buscando favorecer el intercambio nos movió a pensar con las preguntas: ¿para qué escribimos?, o ¿por qué escribimos? ¿Se escribe buscando una elaboración nunca completa de una experiencia que incomoda y que inquieta con relación al silencio y a la abstinencia del psicoanalista? ¿Escribimos, teorizamos y profundizamos, como dice Piera Aulagnier, en función de las cuestiones fundamentales de cada analista, y designando por tales el punto conjugado de resistencia y de fascinación que singulariza la relación de un analista con la teoría analítica?

Aurora volvió a cuestionarse: ¿es posible escribir la clínica? Clínica siempre enlazada a la teoría. Hizo referencia a que nos encontramos con la proliferación de modos de escritura. En ciertas tiendas, formatos de caso único para dar cuenta de la clínica como un modelo metodológico y un estilo de publicación. Y en el otro extremo la publicación más novelada que ya sorprendía a Freud por la aceptación que tenía.

Entre la creatividad y la repetición, lo novedoso y lo fundante, entre adhesiones y rechazos, relanzó la proposición de trabajar los estilos.

Acercó nuevas interrogantes. ¿Cómo respetar esos estilos, o darles verdaderamente lugar? ¿Podríamos pensar que lo que marca el estilo de un psicoanalista es uno más de los efectos del inconsciente involucrando su discurso y la singularidad con que ejerce su escritura y su transmisión?

Y tomó expresiones de Lacan, quien afirmaba que sus escritos no debían ser entendidos racionalmente, sino que debían producir en el lector un efecto similar a la sensación de ilustración que uno experimentaría al leer textos místicos.

Siguiendo este pensamiento recordó que Green decía, abriendo a lo paradójico, que la palabra analítica estaba emparentada con la escritura poética; algo de la dimensión poética se echa a andar en las palabras que un autor va eligiendo, generando un modo de transmisión riguroso pero alejado del discurso universitario.

Para finalizar, Aurora planteó que también en la transmisión del psicoanálisis, en la cual se impone hacer transmisible algo del orden de la experiencia del sujeto del inconsciente, se sitúa el lugar del psicoanálisis en la cultura.

En la riqueza del clima de intercambio logrado en la jornada se fueron desplegando pluralidad de perspectivas y posicionamientos de los cuales fueron surgiendo dos posturas: la noción, la concepción de la escritura como un don, y la postura opuesta de aquellos que se inclinaron a cuestionar ese sentido.

Con claridad un participante manifestó sentirse inclinado a cuestionar la idea de *don* en el sentido de que con ella se marcaría una diferencia, delimitación de frontera entre quien tiene aptitud de escribir y quien no la tiene, como si fuera una cosa de la naturaleza. Continuó diciendo que sería como en un contexto de reparto de bienes o de trueque o un juego

de toma y daca. Opinó que la frontera no puede quedar delimitada entre quienes tienen «el don» de la escritura y quienes no lo tienen, porque el que escribe también dice que lo que escribió es para ser desechado, o puede no saber para qué lo escribió.

Otro participante planteó que escribir tiene que ver con un don que posee la persona. Dijo que algunos pueden escribir no solo para el psicoanálisis, siguiendo normas y pautas, sino que también pueden escribir literatura. «Lo notamos muchas veces en las revistas. Y por algo siempre escriben los mismos. Eso hace pensar que algo tiene uno y que puede desarrollarse o no.»

En otra arista del intercambio se abrió la pregunta de si la escritura es algo que se aprende en la escuela o es un don. Fue entonces que una analista recordó una pacientita que tenía cuatro años: «... obviamente no sabía escribir, pero sabía que algo se marcaba por ejemplo con la palabra *mamá*. Me decía: “¿Cómo se dibuja la *m* de *mamá*?”. Y entonces yo le iba dibujando como ella me iba diciendo la *m*; y después me decía: “¿Cómo se dibuja la *a* de *mamá*?”, y le dibujaba la *a* y me decía: “Esta parece una casita, estas parecen dos casitas”, y así fue aprendiendo a dibujar la palabra *mamá*, tan cara en relación con su historia. Iba descubriendo la escritura en sesión porque era algo que le interesaba.

»Extrapolando, nosotros como analistas tenemos que poder ir descubriendo nuestra capacidad de escribir, hay algunos a los que les es más fácil, a otros les es más difícil. Pero la escritura es un trabajo que se va haciendo con mucho esfuerzo; enfrentarse, como el pintor que tiene que pintar algo, a la página en blanco es algo que angustia, tener que expresar una idea es algo que angustia. Bécquer en una introducción dice: “mis ideas como hijos mendigos buscan ropajes o buscan sus vestidos con los cuales poder salir”. Tomando esa metáfora la escritura es un *don*, pero no es un *don* que se tiene, sino un *don* que se da. La persona que escribe está dando algo que a lo mejor no tiene, cuando se escribe a veces el primer sorprendido es el que escribió, entonces está dando algo que no tiene. Es en ese preciso momento en que se quiere brindar(lo) que se empieza a construir(lo), a lo mejor tiene por ahí una idea medio en borrador y empieza a buscarle los ropajes adecuados. Es un *don* para los demás y tendría mucho de valentía. La gente que escribe se expone, dice lo que piensa, se expone a que todo el mundo le diga “eso es horrible, es un mamarracho,

está mal dicho, no coincido con tus ideas”. Tiene mucho de *don* para los demás. Si estamos acá es porque hemos transcurrido años y años en los divanes y eso nos hizo devenir analistas. Entonces tenemos un tesoro a transmitir, el tesoro de la escucha, que tiene mucho de tesoro, aunque paradójicamente fuese “peste” al mismo tiempo».

Surgió otro punto de discusión en torno a concebir un superyó institucional limitante de la escritura, lo que para algunos hace más factible escribir para afuera de la institución. Esta afirmación se cuestionó considerando que esa misma resistencia puede acicatear más al analista que se lanzaría a escribir como un desafío a una ley institucional que vive como distorsión y que quiere transgredir, es decir, su escritura recobra más fuerza erótica para burlar y desafiar esa ley institucional que entiende distorsionada. Afirmando que, entonces, lo que se entendía que podía apagar el impulso de escritura, lo redobla. Lo que quiere apagar el delirio, al final lo aumenta.

Este participante continuó refiriéndose al superyó no institucional, que sería el que encuentra el poeta en la noche, que despierta aterrado porque se tiene que sentar a escribir en la computadora a las tres de la mañana. Y expresaba: «Entonces este hombre está loco. Bueno, sí, el que escribe está loco, el analista también está loco, si no, no sería analista. Esto sería diferente de pensar en una escritura comunicacional, informativista. Es una locura escribir, es un delirio, y uno lo organiza precariamente y ayuda a vivir. Lo que no quiere decir que alcance a resolver las hendiduras; en otras doctrinas se ha hablado de disminuir los clivajes o ponerse frente a las estacadas, a los callejones sin salida también llamados antinomias; es decir, ponernos ante las antinomias sin prurito o sin temor de plantear que nos sentimos perseguidos, reivindicativos, nos sentimos erotómanos de lo que sale de nuestra escritura, defensores apasionados de lo que hemos hecho, y eso no excluye que al mismo tiempo estemos odiando lo que hemos hecho».

Otro posicionamiento lo enuncia quien piensa que un analista apasionado con lo que hace no siempre puede escribir. Cuánto de ese no poder se lleva al afuera, entonces surgiría el «porque hay reglas o porque la institución no es habilitadora». O, como dice el poema, «el otro no se conforma con nada». ¿Quién sería ese otro? Sería la propia inhibición o el propio superyó puesto afuera que hace que la persona sienta que nada la conforma, que las cosas nunca van a salir bien.



Entonces una participante expresó: «Nos fuimos deslizando de la complejidad del escribir a las instituciones y sus pautas. Volvamos a los núcleos del desear, del desear inconsciente, de la problemática personal, de por qué estamos en psicoanálisis, por qué aguantamos horas de este tipo de trabajo. ¿Por qué tratar de ver la problemática del escribir en psicoanálisis? Primero porque siempre hay obstáculos, y segundo porque si hay una escritura, la que sea, que no apela al otro, que no promueve en otros el deseo de escribir... Por eso me gustaba lo de dar, *don*, para promover en otros también la evocación de su clínica, la evocación de sus problemas con los pacientes y para promover la escritura.

»Escribir es loco, ponerse a hablar muchas veces también lo es, pero escribir sí es *deliria*, es salir del surco etimológicamente. ¿Qué surco? Podemos pensar otra vez las pautas, las reglas, las condiciones, pero en general es atreverse y jorobarse y sufrir y angustiarse con el poder primero, terrible, de la lengua.

»La lengua es una institución, somos escribientes de esa lengua y no escritores, y ahí voy a tocar el punto de la ficción. Pero entonces tolerar una cierta forma de escape, de margen, de litoral, de borde, son formas que se me ocurren y se les han ocurrido a otros de estar un poco fuera de lo genérico, de lo universal —y la teoría es universalizadora sin duda— y tocar algo singular. Ojalá pudiéramos escribir siempre lo que se nos ocurre en singular en la sesión. Escribimos en nuestros apuntes de sesión “suspira”, “movió la pierna”, “se le cayó el zapato”, “tiró el almohadón”. [Una voz interrumpe diciendo «pero eso es muy interesante».] Sí, muchas veces escribimos todo eso en el cuaderno, eso erótico, fuertemente impregnado que nos moviliza, que muestra la movilización psíquica de esos puntos del analizado, ¿cómo se retoma en la escritura para otro? Porque de eso después queda escrito *María, 38 años* [risas], digan la verdad, *tiene un problema con su pareja*. Pero no hay que decir *pareja*, hay que decir *matrimonio*, y ¡qué diferencia! Ojalá se pudiera sostener esa tensión de la diferencia escribiéndose en transferencia, porque diferencia dibujar la *m*, la *a*, inscribiéndose, dibujándose en un cuerpo erógeno en transferencia.

»Ahora, sabiendo que es una empresa de riesgo, nosotros analistas nos dibujamos con eso, también nos dibujamos, nos desdibujamos, ya que es una subjetivación de-subjetivante, todo ese juego se despliega y por eso es

muy delirante el momento de escribir. Y, en general, lo ha sido para todo escritor, salir de cierta intimidad, franquear esa barrera entre lo público y lo privado. Puntualmente, ¿qué de ello entonces es ficcional? La escritura en psicoanálisis tiene que tener una ficcionalidad. Tiene que poder ser verosímil, no verdadero. No apelar a que va a dar la verdad del caso clínico, la verdad del analizado, sino ser verosímil; que el otro transfiera, que el que me lee transfiera, no conmigo, sino con su propia experiencia clínica, que se le ocurran cosas, relaciones, asociaciones, y eso es una empresa de riesgo».

Profundizando en la reflexión y pensando a partir de Derrida se dijo que la escritura estaría en el psiquismo. Se planteó que podría ser un punto de vista bastante polémico en qué medida interviene ese dispositivo tecnológico que es la escritura con relación al pensamiento. Es decir, los pueblos ágrafos expresaban sin escribir. Este participante continuó diciendo: «Creo que hay ahí un punto de clivaje, en qué medida el pensamiento posescritural no es un pensamiento amarrado por la gramática. Me parece que la escritura es un dispositivo en sí mismo, del cual no podemos deshacernos, porque está en el pensamiento. Nuestro pensamiento es gramatical, no sé cómo sería el pensamiento del Neanderthal de 40 000 años a. C. En todo caso son inscripciones que se pueden ver en algunas de las pinturas rupestres que son bien importantes. Si uno sigue una vía de acercamiento de la palabra y la escritura a lo inconsciente, en un sentido “cierto delirio”, como se planteaba, en otro como formación de lo inconsciente, algunas formas de escritura pueden llegar a tener algo que ver con lo inconsciente. Otras quedarían demasiado alejadas. Porque si sumamos al dispositivo del pensamiento y de la escritura las normas gramaticales, las institucionales, el lenguaje es una regla también, no es cualquier intercambio; es ley también el lenguaje; es difícil despojarse de eso. Pienso que en las diferentes formas de presentación de los llamados materiales clínicos quizás haya una necesidad de escribir ante la soledad de la práctica analítica. Ahí sí me inclinaría más a pensar en la angustia como soporte de la escritura, y quizás también en la necesidad de dar testimonio de esa soledad y de ese encuentro.

»Cuando las instituciones editan —es otra regla que se suma—, también generan un pacto en última instancia político, que no es consciente, que no es explícito, pero es un pacto político. Habrá gente a la que le

interesa la escritura en determinado formato. Creo que si no tengo angustia cuando escribo no puedo escribir. Por otro lado es un esfuerzo de la libertad del pensamiento, es un dolor que implica recortar para otros. Es más fácil hablar. Cuando Joyce siente que su lengua es bastardeada por el imperio inglés, necesita bastardear esa lengua y destruirla, y hace el *Finnegans Wake*, que algunos creen que no es leíble. Es leíble; lo que pasa es que exige un esfuerzo; hay una burla, un odio de Joyce muy fuerte a quien le impone una lengua. ¿Cómo soportar la escritura en ese idioma impuesto? De algún modo todos tenemos algún idioma impuesto, porque, como se decía hoy, esto está asociado a la relación con el otro y a cómo el otro tiene esa escritura metida en la cabeza».

Otro interrogante que surgió en la discusión fue si son las normas de las revistas, las pautas, los arbitrajes lo que nos limita o lo que nos inhibe a escribir. Y esta participante hizo referencia a su experiencia en la Comisión de Indización, destacó —más que pautas y normas— la apertura al conocimiento de lo que hay más allá de lo que el escritor está queriendo decir.

Asimismo, hizo referencia a las normas de publicación como un determinado encuadre necesario para trabajar.

Sobre el final del intercambio se retomaron algunos puntos, interrogantes respecto a qué tanto tomamos las normas de publicación, cómo instrumentamos determinados criterios que nos darían un marco y que depende después de cómo cada uno lo pueda utilizar. Quien decía que es más fácil escribir para afuera decía que debía ser porque ahí hay un vínculo que funciona de una manera diferente con relación a la institución. También se dijo que si algo se viene discutiendo durante veinte años se puede tomar el para qué seguir discutiéndolo. En este sentido, sosteniendo la tensión, otro participante afirmó que si se sigue discutiendo es porque todavía no se encontró respuesta y sería interesante seguir discutiéndolo. Se propone pensarlo desde Winnicott como una madre ambiente suficientemente buena que permita el desarrollo de la espontaneidad y la creatividad en la escritura y ver cómo no obstaculizar algo que cada uno de nosotros trae para desarrollar, sin ponerlo ni como *don* ni como aptitud, sino como *ese algo* que está como potencial para ser facilitado, o no.

A la hora de ir concluyendo, Magdalena Filgueira manifestó que la esfinge quizá haya vuelto a sonreír. «Apertura a lo enigmático que pudiera

permitirnos pensar que la clave de resolución, la respuesta, pudiera no estar solo en las palabras, en la formulación del enigma y en su resolución. Si lo está sería en el mensaje, la palabra, código de lengua, tesoro sí de los significantes en lo simbólico. Lo simbólico que proviniendo de un otro no vamos a calmar ni colmar, salvo haciéndole tope en y con lo imaginario. Finalmente eso del otro se hace imagen en cada uno, en cada sí mismo, imagen acústica, imagen visual. Entonces una respuesta posible sería decirles *non liquet* a los textos freudianos. Recordaba a Agorio con relación a las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis del año 2005, cuando la APU cumplió sus primeros cincuenta años de vida y evocaba el recuerdo que también Daniel Gil le brinda cuando muere, que alude al *don*, entonces ese *don* es darle a otro lo que no se posee. Conmueve y remueve el amor, y el diálogo platónico, amar es dar lo que no tengo a quien no corresponde, y entonces circula en esporas que también pueden “apestar”. A través del *don*, Rodolfo Agorio les dio a ciertos analistas lo que ellos ahora nos están dando y quizá no podamos escribir, inscribir o capturar en palabras, pero seguro nos relanza en el intento de la escritura en psicoanálisis.»

En la última instancia de la jornada, coordinada por Walkiria Navarro, se trabajó en torno a la «Re-presentación del sitio web de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay», web como tejido o malla de transmisión. Participó la actual coordinadora del sitio web de APU, Fernanda Bertúa, e hizo referencia a los diversos modos en que se intenta desarrollar las posibilidades que tiene el espacio, compartiendo expectativas acerca de los buenos efectos que tendrían esos desarrollos. Se propuso valorar la posibilidad de tener una revista solo digitalizada, que se publicaría solo, exclusivamente, online. Desafíos de escritura y publicación que interrogan, además, el cómo concretar e incentivar el siempre enriquecedor intercambio con los diferentes ámbitos de la cultura.

Las bibliotecólogas de APU, Martha Gómez y Patricia Francia, mostraron los frutos consolidados por la biblioteca virtual, sostenida por varias instituciones de nuestro medio, y brindaron pautas de orientación para saber cómo buscar referencias bibliográficas en la biblioteca online.

Finalmente, Luis Grieco hizo un recorrido sobre el estado actual de las publicaciones psicoanalíticas en América Latina de asociaciones integrantes de Fepal y cuáles de ellas están editando sus publicaciones en formato digital como revistas electrónicas.

Finalizada la jornada, quedaron ecos que tomaremos como otro de los dones ofrecidos en el tiempo inacabado del a posteriori.

«... Quedaron muchos canales abiertos para seguir pensando la escritura y el lugar del lenguaje y las letras en los psicoanalistas. Desde surcos para salir de ellos y delirar escribiendo, extasiarse frente a “la sonrisa de la esfinge”, guardar algo de la “peste” originaria o buscar modos de escritura que tengan el rigor y la cientificidad que exige la profundización teórica y al mismo tiempo la ficcionalidad que vuelva verosímil la transmisión de la intransmisible “verdad” de la experiencia clínica.» ♦